



**Xenia,
tienes un wasap**

GEMMA PASQUAL I ESCRIVÀ

Ilustrado por MARTA GRÀCIA

ANAYA

Xenia,

tienes un wasap

GEMMA PASQUAL I ESCRIVÀ

Ilustrado por MARTA GRÀCIA

ANAYA

Título original: *Xènia, tens un WhatsApp*

1.ª edición: marzo de 2024

- © Del texto: Gemma Pasqual i Escrivà, 2016, 2024
- © De la traducción: Gemma Pasqual i Escrivà, 2016, 2024
- © De las ilustraciones: Marta Gràcia, 2024
- © De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es

Emoji provided free by www.emojione.com

ISBN: 978-84-143-4043-1
Depósito legal: M-203-2024

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

¿Dónde estás?	7
¡El teléfono se ha muerto!	12
¿Un beso o un accidente?	15
Sexo, magdalenas y literatura	17
¡Princesa!	25
Mariposas en el estómago	28
¡Buenas noches!	31
La chica más ridícula del mundo	33
Uuups... ¿¡Qué he dicho!?	36
¡Tengo muchas ganas de verte!	40
Con el casco	44
Su ángel	47
¡Bomba!	52
<i>A kiss is still a kiss</i>	57
Peli y pizza	59
Mi último pensamiento esta noche es para ti	61
Memoria de pez	63
¿Sabes silbar, no? Junta los labios... y sopla.....	66
¡Feliz cumpleaños, Xenia!	68
Buscando siempre el momento	72
¡¡¡Sorpresa!!!	75

Y todos los relojes del mundo se detuvieron	78
Una cita como es debido	85
Mentiras	86
Un cuatro en Matemáticas	89
No llores, Xenia	92
Con los ojos fijos en la taza del váter	97
Me has roto el corazón	100
Perdona si te llamo amor	102
Me jugué a una carta la felicidad	104
La venganza es amarga y poco reconfortante	106
¡Parad el mundo, que me quiero bajar!	109
Un caramelo de menta	112
Magdalenas con lágrimas	117
No estoy ciega, y tampoco me he vuelto idiota	121
Una visita inesperada	123
Dieciocho wasaps y un corazón <i>partío</i>	128
Dos cocineras, unos canelones y una difícil decisión	131
Tienes un <i>e-mail</i>	133
Tienes un wasap	135
Silencio	136
<i>The End</i>	138

A Guillem, eternamente Guillem.



¿DÓNDE ESTÁS?

Xenia esperaba haciendo cola en una de las taquillas del cine. Paula se retrasaba; no era extraño en ella. Dos personas más y sería su turno. Empezaba a impacientarse, tamborileaba con los dedos su pequeño bolso de colores mirando alrededor. Dejó pasar a la pareja que iba detrás, un padre y un hijo, ambos con la misma gorra. Pensó que eran la típica estampa de padre divorciado a quien le toca el hijo el fin de semana.

Paula no daba señales de vida. Miraba nerviosa hacía atrás, mientras todos los ojos estaban clavados hacia al frente, en la gran escalinata y el cartel enorme de la película. Dejó pasar a una pareja de enamorados; no debían de tener más edad que ella, y ocupaban muy poco espacio de tan pegados como caminaban. De repente pensó que en la cola casi todo eran parejas de un tipo o de otro. Ella también debería estar esperando con su mejor amiga, en realidad la única, si no fuera porque era una impresentable.

De pronto oyó un silbido que la avisaba que tenía un wasap. No podía ser otra que Paula.

La he liado y mis padres se han vuelto locos. No puedo salir 😊

Xenia se quedó boquiabierta, sin saber qué responder.

¡¡¡¿¿¿Quéééé???!!!

Escribió, pero no esperó respuesta. Conociendo a su amiga, seguro que la había liado mucho. Lo hacía siempre, estaba como el perro y el gato con sus padres y al final siempre acababa castigada.

¡No podía ser! En realidad, ella no tenía ninguna intención de ver esa película; era cosa de Paula. No podía perder aquella tarde de domingo; aún no había terminado el trabajo de literatura y era para el lunes. Y ahora se encontraba abandonada en la puerta del cine y no sabía qué hacer. La chica del uniforme de detrás del cristal la apremiaba; los de la cola, también. Pidió un poco de paciencia. Tenía que valorar muchas cosas antes de tomar una decisión como esa. No había ido nunca al cine sola. Era un poco triste. Siempre lo había hecho con su abuela, con el instituto o con Paula.

—¡Venga! —dijo una voz de la cola.

—¡Siempre hay una primera vez! —exclamó Xenia.

Compró la entrada y subió la gran escalinata, solitaria, acompañada de una multitud anónima, sin apartar sus ojos del cartel de la película. Entregó la entrada a un chico uniformado y de repente la envolvió un aroma irresistible de palomitas. Miró atentamente la lista de precios prohibitivos.

—¡Esto es un atraco! —exclamó, y enseguida reparó en que había formulado su pensamiento en voz alta.

Le pasaba constantemente: las palabras huían de su pensamiento y se instalaban en sus labios sin poder pararlos. A su amiga Paula le sucedía lo mismo, pero sin que las palabras le pasaran por el pensamiento.

Revolvió su pequeño bolso de colores. Dentro, en uno de sus bolsillos cerrado con una cremallera, llevaba el dinero, justo para un cubo de palomitas y un refresco. Eso sí, se quedaba sin paga y aún era domingo.

«¡Un día es un día!».

Hizo otra cola para comprar las palomitas.

—El refresco, ¿lo quieres zero? —le preguntó un chico pelirrojo y pecoso con una gorra muy cómica, que repetía esta frase a cada cliente.

—¡Esto es ridículo! ¿Cuántas calorías puedo ahorrarme con el refresco después de haberme tragado un millón con las palomitas?

El chico no demostró ningún interés por la pregunta de Xenia. Solo esperaba una respuesta a la suya.

—Zero.

Y con una sonrisa de oreja a oreja cargó con el refresco y el cubo a rebosar de palomitas. Caminaba contenta hasta la sala siete cuando de repente unos chicos pasaron corriendo por su lado, comenzaron a darse empujones entre ellos y, en una de estas embestidas, le hicieron perder el equilibrio, solo un instante, un instante que se prolongó demasiado. El tiempo justo para dar media vuelta y observar que todavía venía otro a toda velocidad. No pudo reaccionar y el chico chocó con ella. La cogió por la cintura en un intento de detener el fuerte embate y evitar que ella cayera al suelo. Entonces fue cuando vio, como a cámara lenta, que la tapa de plástico del vaso que sostenía salía disparada y que el refresco que contenía, acompañado de las palomitas, saltaban por los aires e iban a parar a su cara, a su sudadera, y lo que aún era peor, a los vaqueros que acababa de estrenar. Y, repentinamente, todo se detuvo. Cerca de su cara reconoció al chico rubio que la miraba con unos ojos como platos a causa del susto.

—¡¡¡Mierda!!! —exclamó ella.

Esta vez la palabra no pasó por el pensamiento.

—¿Estás bien? —le preguntó el muchacho jadeante. Aún no había recobrado el aliento.

Xenia podía notar las gotas del refresco chorreando por su cara, mientras oía las risas de los otros chicos. Sin palabras asintió con la cabeza.

—Lo siento mucho. En serio. No te he visto.

Ella, sin decir palabra, dio media vuelta con la intención de alejarse rápidamente de aquellos lelos que conocía perfectamente. Eran de su instituto, todos de su mismo curso, pero iban al D. Aunque en teoría los habían repartido por apellidos, todos los gamberros y populares iban a este grupo.



Ella y Paula iban al B. Toda una vida juntas, unidas desde Infantil por el apellido. Ellas no eran populares; tampoco impopulares. A pesar de los años, aún estaban por adjetivar. Se podía decir que simplemente se habían convertido en dos chicas invisibles. En cambio, el chico de las disculpas se llamaba Carlos y tenía el honor de disfrutar de toda una serie de adjetivos, entre los que estaba el de popular. Vivía en su misma calle. Xenia lo tenía bien fichado. Le quitaba las magdalenas de su abuela en tercero de Infantil. Maldijo su mala suerte. ¡Encima, al día siguiente todo el mundo sabría que había ido sola al cine! Pensarían que era una marginada.

Se puso la capucha de la sudadera y se apalancó en la butaca esperando ansiosa que se apagaran las luces y pudiera pasar inadvertida. Los oía reír unas cuantas filas atrás. Confiaba en que no se estuvieran riendo de ella ni de la trastada que le acababan de hacer.

Estaba claro que aquel no era su día. La película no le había gustado nada, era bastante aburrida, todas las escenas de acción habían salido en el tráiler, el argumento era insulso, el actor principal y más guapo desaparecía en la segunda escena y no aparecía hasta el final. Total: una estafa carísima que se había pulido su paga semanal. Esto sin contar el incidente con el cubo de palomitas y el refresco, que intentaba borrar de su memoria para siempre sin mucho éxito.

Al encenderse las luces salió disparada hacia el autobús. Si se apresuraba, aún podía terminar el trabajo de literatura antes de cenar.



¡EL TELÉFONO SE HA MUERTO!

Al acercarse a la parada, vio el bus. No quería perderlo.

—¡Estoy aquí! ¡Espere! —gritó a la conductora, como si pudiera oírla.

Corrió hacia el autobús para tratar de llegar a la parada antes de que se volviera a poner en marcha.

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí...!

Xenia aceleró con la lengua fuera. Toda la gente que estaba en la cola ya había subido.

«Con la mala suerte que tengo, estoy segura de que no me esperará. Se irá justo en el momento que llegue a su lado. No lo conseguiré...».

Sin embargo, el autobús seguía esperando con las puertas abiertas.

—Gracias... —dijo Xenia con un hilo de voz a la conductora, mientras las puertas se cerraban tras ella—. ¿Y mi bono? ¡No está! ¡¿Cómo es posible!?! —exclamó Xenia con la cabeza metida en el bolsito de colores.

Se revolvió los bolsillos. La conductora la apremiaba con la mirada. Abrió las puertas; tenía que salir. ¡No podía ser!

Había perdido el bono, debía de haber sido con el encontronazo con aquellos gamberros. Y se había gastado todo el dinero en unas palomitas y un refresco que no había probado. Miró a las personas que estaban dentro. Quizá tenía suerte y encontraba algún rostro conocido o alguna alma caritativa que le sufragara el viaje. Pero solo vio malas caras. Todo el mundo quería marcharse y ella era el impedimento. Bajó del autobús y la conductora cerró otra vez las puertas. El autobús volvió a ponerse en

marcha y pasó por delante de Xenia. Los viajeros la escrutaban con la mirada desde las ventanas, acomodados en sus asientos.

No tenía más posibilidad que llamar a su abuela. Pero el móvil hizo caso omiso a la insistencia de sus dedos; había pasado a mejor vida.

«¡El teléfono se ha muerto!».

Se había quedado sin batería. Estaba claro: aquel era el día de la mala suerte, de su mala suerte, aquella que la acompañaba desde hacía muchos años. Aunque vivía muy lejos del centro, no tuvo más remedio que ponerse a caminar.

Llevaba un buen trozo de camino hecho, cuando de repente se puso a llover.

—¿Y qué más!? —se preguntó Xenia con los brazos extendidos mirando hacia el cielo.

Giró a la derecha en la esquina siguiente y continuó andando. Aún le faltaba un buen trecho para llegar a casa, y de pronto se le ocurrió una buena idea: cogería un taxi y ya lo pagaría su abuela. Pero la realidad se imponía: se había alejado mucho del centro y por esa zona no pasaban taxis, y deshacer el camino tampoco era una buena idea.

Desesperada y sin fuerzas, Xenia se puso la capucha de la sudadera y se sentó en la acera para coger aliento, apenas cobijada por los balcones de un edificio. Las manos se le estaban volviendo azuladas del frío y le castañeteaban los dientes.

¡Era imposible caminar todo el trayecto hasta su casa! Por esa zona no pasaba nadie, ni coches, ni peatones. De pronto, entre lágrimas, observó como una moto pasaba de largo. La siguió con la vista. Se detuvo al cabo de la calle y dio media vuelta. Parecía que se dirigía hacia ella.

«¡Genial! Ahora me atracarán», pensó.

Se quitó su colgante de oro en forma de corazón pequeño, que había sido de su madre; era lo único valioso que llevaba encima. Rápidamente se lo metió en la boca, bajo la lengua. Una escena similar había salido en esa película horrorosa que acababa de ver: la chica salvaba el anillo de

casada pero acababan secuestrándola. Xenia intentó espantar los malos pensamientos. Estaba muy asustada.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó una voz de chico detrás del casco integral.

Seguramente era de alguna banda y ella no tenía ningún permiso para pasar por aquel barrio. Pero si le pedía dinero, no llevaba ni un euro.

—He perdido el autobús, no tengo dinero y el móvil se ha muerto —dijo Xenia como una metralleta intentando no tragarse el colgante.

—¡Sube, Xenia, que te llevo a tu casa!

Pero ¿cómo sabía aquella voz su nombre? Quedó paralizada y muda.

El motorista se quitó el casco. Misterio resuelto: era Carlos, el chico que le quitaba las magdalenas de pequeña, el que le había derramado el refresco y las palomitas encima de los vaqueros nuevos. No sabía qué hacer. Nunca había subido en una moto.

—Pero no tengo casco —objetó la joven.

—Solo he cogido uno. No esperaba llevar paquete —dijo él—. ¡Vamos, date prisa, que nos estamos quedando empapados!

Pensó que aquel chico no era muy inteligente. Por más que él corriera, se mojaría igualmente.

—Es peligroso ir en moto sin casco —volvió a objetar ella.

Carlos le dio el suyo. Xenia se sacó el colgante de la boca y se lo volvió a colocar en el cuello, ante los ojos atónitos del chico. Luego, se puso el casco y se subió a la moto.

Ahora ir sin casco era peligroso para Carlos, pero no parecía que a Xenia le importara demasiado. Era el precio que tenía que pagar por robarle las magdalenas de pequeña y haberle derramado el refresco y las palomitas.

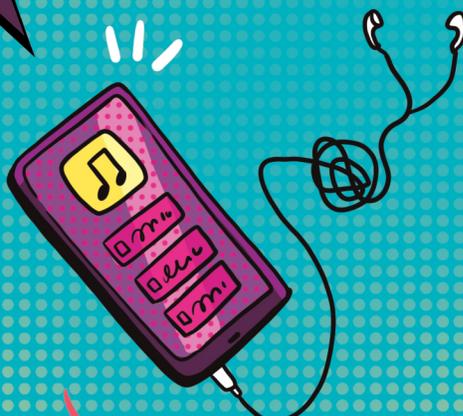
Primero, no quiso agarrarse al chico, pero iba tan de prisa, que el miedo pudo mucho más que sus prejuicios y enseguida se aferró con fuerza a la cintura de Carlos.



Enciendes el móvil, repasas otra vez la conversación por si se te ha escapado algo entre líneas, le das mil vueltas a tu respuesta antes de enviar... y después te muerdes las uñas entre las horas en que él lee el wasap y cuando por fin se digna a responder.



Xenia es una chica como las demás que se esfuerza por terminar a tiempo los trabajos del instituto y encontrar plan para el fin de semana. Pero todo cambia con la presencia de Carlos, el chico que de pequeño le robaba las magdalenas de la abuela... y ahora le roba su corazón. Es el amor en los tiempos de WhatsApp.



ANAYA
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-143-4043-1
1525348
9 788414 340431